

Los Persas de Esquilo

CORO (formado por ancianos persas)

Esto es lo que queda de los Persas/ que marcharon rumbo a tierra griega,/ el sector fiel, así llamado,/ guardianes de opulentas mansiones cuajadas de oro/ privilegio asentado en nuestra ancianidad,/ nosotros, a quienes escogió el mismísimo Jerjes/ nuestro rey soberano hijo de Darío/a fin de ser vigías de esta tierra./ Presentidor de infortunios/ en lo más hondo de mi servidumbre se me aflige el corazón / angustiado por regreso del rey/ y de su ejército rico en oro./ Se ha marchado la fuerza toda nacida en Asia / envolviendo en alaridos a un hombre joven/ y no hay mensajero ni jinete/ que llegue a la ciudadela de los Persas/. Se fueron dejando a sus espaldas Susa y Ecbatana/y la antigua fortaleza de Cisa,/ unos a caballo, otros en sus naves,/ y a pie los infantes/alineados en perfecta formación de guerra./ Así avanza por ejemplo Amistres o Artafrentes/y Megabates o Astaspes/ caudillos de los Persas,/ pero súbditos del Gran rey /éforos de un ejército nutrido/ que domeña al adversario con flechas,/ o jinetes que infunden temor a simple vista,/pero que son terribles en la lucha/ por su moral inasequible al desaliento./ Y Artembares que lucha en su carro de guerra/ y Masitres, y el arquero excepcional, Imeo,/ y Farandaces/ y Sóstanes que combate a caballo./ A otros los envió el caudaloso y fértil Nilo,/ Susícanes, Pegastón, hijo de Egipto/y el gran Arsames, soberano de la sagrada Menfis/ y Arimardo, que tiene el gobierno de Tebas venerables;/ y también los remeros diestros en aguas pantanosas/ y por último un incontable contingente./ Y siguen tropeles de Lidios/ de costumbres refinadas,/ dueños y señores de la raza entera del continente,/ y son Metrogates y el valeroso Arteo/ los reyes que les mandan./ Y la abundante en oro, Sardes,/ a la lucha los lanza/ con multitud de carros/ tirados por cuatro o seis caballos;/ pánico causa el contemplarlos./ Sobre la Hélade/ ansían los vecinos del Tmolos sagrado;/ echar un yugo de esclavitud./ Mardón y Táribis, yunques de lanza/ y misios diestros en manejar los dardos/. Y la abundante en oro Babilonia/ envía embarcadas en naves a un puñado de gentes/ que todo lo fían al dominio del arco./ Portadora de espadas/ la raza del Asia entera sigue detrás/ sumisa a los dictados implacables del rey./ Tal flor de varones de tierra de Persia se ha ido:/ y toda la tierra de Asia que les vio creer/ por ellos suspira con cálido anhelo/ sus padres, sus esposas se estremecen de miedo/al contar tantos días pasados en vano.

Estrofa 1ª

El ejército persa del rey, destructor de ciudades,/ ha cruzado a la tierra cecina de la ribera opuesta/ luego de atravesar el estrecho de Hele, hija de Atamante,/sobre un puente compuesto de barcos unidos con maroma de lino/ y de echar sobre el cuello del mar/ un yugo tachonado de clavos a modo de pasillo.

Antistrofa 1ª

El audaz gobernante del Asia tan poblada/ empuja contra la tierra entera/ un rebaño prodigioso, por dos caminos,/ el que domina la infantería y el mar;/habiendo puesto aquí su fe/ en sus fornidos y toscos almirantes:/ él, un mortal igual a un dios/miembro de una estirpe nacida del oro.

Estrofa 2ª

Mirando con mirada azulosa y penetrante/cual dragón sanguinario/ al frente de miles de brazos armados y miles de naves,/ empujando su carro sirio/impulsa contra varones diestros en el manejo de la lanza/ un Ares superior en el manejo del arco.

Antistrofa 2ª

De nadie se espera/ que plante cara a semejante riada de hombres/ intentando frenar un sólido dique/ oleaje marino indomeñable,/ pues es imparable el ejército Persa/y sus huestes de temple indomable.

Estrofa 3ª

Pues por designio divino,/ la Moira prevaleció desde tiempos remotos/ y estableció para los persas/ llevar a cabo guerras que derriban torres/ y enfrentamientos bruscos de hombres a caballo/y sublevaciones de ciudades.

Antistrofa 3ª

Aprendieron a dirigir su vista/ al bosque sagrado del mar/ de anchos caminos y tonos blanquiazules/ por efecto del viento impetuoso,/ al tiempo que ponían su fe/ en frágiles maromas trenzadas de lino/ y en artilugios destinados al transporte de tropas.

Mesodo

¿Qué hombre mortal esquivará/ él pérfido engaño de una divinidad?/ ¿Quién hay capaz de ser con ágil pie/ dueño y señor de un limpio salto?/ Porque en verdad Ate,/ propicia en un principio y zalamera,/ desvía al mortal a sus redes,/ de donde ya no puede escapar/ por más que salte.

Estrofa 4ª

Por ello mi alma enlutada/ desgarrada se siente de miedo/—¡ay ay del ejército persa!—no sea que Susa, la gran ciudad desprovista de hombres,/ se entere bien de ello.

Antistrofa 4ª

Y la ciudadela de Cisa/ devolverá el eco, ay, ay,/ lanzando un gemido persa/ un coro numeroso de mujeres,/ al tiempo que el lino de sus peplos/ se desgarran en jirones en señal de duelo.

Estrofa 5ª

Todas las fuerzas de a caballo/ y los soldados todos de la infantería/como enjambre de abejas se han marchado/ con el caudillo del ejército/cruzando el promontorio/que es común y está unido a ambas tierras.

Antistrofa 5ª

Los lechos se llenan de llanto/ por tantos maridos ausentes,/y las mujeres persas, deshechas de dolor,/ luego de

despedir una por una/ con pasión de esposas/al marido valiente y aguerrido./se quedan solas con el yugo./Pero, vamos, persas: aquí sentados ante el antiguo techo de palacio/ dediquémonos a reflexionar juiciosa y sosegadamente/ aunque Necesidad apremia./ ¿Qué habrá sido de Jerjes, el rey nacido de Darío?/ Tal vez haya disparado con su arco/ o tal vez se haya impuesto la fuerza de la lanza afilada./ Pero aquí sale –luz igual a los ojos de los dioses–/ la madre del rey, mi reina. Me arrodillo ante ella./ Conviene que todos nosotros le dirijamos palabras respetuosas.

CORIFE0.- ¡Oh! Soberana, la más excelsa de entre las Persas de marcada cintura, anciana madre de Jerjes, esposa de Darío, ¡salve! Fuiste por naturaleza compañera de lecho del dios de los persas, y madre también de un dios, si es que la buena suerte de antaño no se ha alejado ahora del ejército.

REINA.- Por eso precisamente he venido tras abandonar el palacio adornado con oro y el lecho nupcial que compartí con Darío; la zozobra me destroza el corazón. Pero voy a explicaros algo, amigos, pues en modo alguno se aleja de mí el temor de que la gran Riqueza caiga al suelo hecha trizas y de una patada mande a paseo la prosperidad que levantó Darío, no sin la ayuda de alguna divinidad. Precisamente por eso es doble la inquietud que anida en lo más hondo de mí ser. De un lado que la multitud no guarde el debido respeto a unas riquezas que no tienen hombres que las defiendan; y de otro que un mortal, por carecer de esas riquezas, no destaque en la medida de sus fuerzas. Y desde luego nuestra riqueza está impoluta, así que mi temor es por el ojo, pues ojo de la casa considero la presencia del señor. Así las cosas, sed consejeros de mis palabras, Persas, mis ancianos más fieles, pues de verda en vosotros tengo los consejos más sensatos.

CORIFE0.- Sabe bien esto, soberana de esta tierra: no hace falta que me ordenes dos veces decir una palabra o ejecutar una acción con que mi fuerza quiera guiarte; pues nos llamas consejeros de estos temas a nosotros que estamos siempre gustosamente a tu disposición.

REINA.- Vivo constantemente inmersa en muchos sueños nocturnos, justamente desde que mi hijo, tras preparar su ejército se marchó con el propósito de asolar la tierra de los jonios. Pero nunca antes había tenido una visión tan clara como la que he tenido esta noche; voy a contártela. Me pareció que dos mujeres vinieron a mi vista con muy buen porte; una ataviada con peplos persas; otra con dóricos; su estatura era mayor que las de ahora, y su belleza impoluta, y eran hermanas del mismo linaje. Como patria habitaban la una Grecia –que le correspondió por sorteo– y la otra, tierra bárbara. Me daba la impresión de que ambas tramaban una cierta disputa. Mi hijo, al percatarse de ello, intentaba calmarlas y apaciguarlas, pero enseguida las une a un carro y les coloca atalajes bajo el cuello. Una tenía muy a gala ese atalaje y mantenía entre las riendas una boca sumisa. La otra en cambio se revolvía al tiempo que intenta romper con ambas manos los arneses del carro hasta que los arranca de un tirón. Ese queda sin bridas, partido el yugo por la mitad. Cae mi hijo y a su lado se coloca Darío, intentando consolarle. Al verlo, Jerjes desgarró el vestido que cubre su cuerpo. *(Al corifeo)*. Como te iba diciendo, esto es lo que he visto esta noche. Tras levantarme y humedecer con ambas manos en una fuente de limpia corriente, me acerqué al altar con mano dispuesta al sacrificio con el deseo de ofrecer una torta ritual a las divinidades apotropaicas, a quienes les cuadra este tipo de ofrendas. Veo entonces un águila que intenta huir en dirección al hogar del altar de Febo; y de miedo, amigos, me quedé sin voz. Dirijo mi vista a continuación a un halcón que con sus alas se lanza a la carrera sobre ella y con sus garras le arrancan plumas de la cresta. Y la pobre águila no hacía sino acurrucarse rendida. Todo esto es un temor, para mí el haberlo visto, y para vosotros el oírlo. Tenéis bien claro que si a mi hijo le ruedan bien las cosas, podrá llegar a ser un hombre excepcional, mas, si le ruedan mal, no debe rendir cuentas a la ciudad y, con tal que se salve seguirá siendo dueño y señor de esta tierra.

CORIFE0.- No pretendemos, madre, con nuestras palabras, ni asustarte ni animarte en exceso. Si al llegar a suplicar a los dioses tuviste alguna visión desfavorable, pide que la alejen de nosotros, y que por el contrario, se lleven a cabo toda clase de buenas para ti y tus hijos, la ciudad y los amigos todos. En segundo lugar, es preciso que se viertan repetidas libaciones destinadas a la tierra a los muertos. Y con devoción pídeles lo siguiente: que tu esposo Darío, a quien dices haber visto esta noche os envíe a la luz desde lo más hondo de la tierra cosas excelentes a ti y a tu hijo; y que las contrarios, atrapadas bajo tierra queden sumidas en una sombra de oscuridad. Estos son mis consejos, profetizando lo que me sale de dentro, con todo cariño. Y al respecto opinamos que de todos modos las cosas van saliendo bien.

REINA.- Tú has sido, sin duda, el primer intérprete de mis ensueños al entenderlos propicios para mi hijo y mi palacio. Que se cumpla lo que es favorable. Llevaremos a cabo las ofrendas, como deseas, en honor de las divinidades y de los amigos que yacen bajo tierra en cuanto regresemos a nuestros aposentos. Pero quiero enterarme bien de un punto, amigo: ¿En qué lugar de la tierra dicen que está asentada Atenas?

CORIFE0.- Lejos, hacia poniente, por donde se pone el sol.

REINA.- ¿Y de verdad ardía mi hijo en deseos de apoderarse de esa ciudad?

CORIFE0.- Naturalmente, pues toda la Hélade pasaría a ser súbdita del Rey.

REINA.- ¿Acaso tienen tal contingente de hombres sus ejércitos?

CORIFE0.- Y un ejército de tal envergadura ha causado innumerables desgracias a los medos.

REINA.- ¿Y qué tienen además de eso? ¿Hay riqueza suficiente en las casas?

CORIFE0.- Tienen una fuente de plata, tesoro de la tierra.

REINA.- ¿Y acaso se les da bien el lanzamiento de flechas con el arco?

CORIFE0.- En absoluto; lanzas para el combate a pie y armas con escudo incluido es lo que tienen.

REINA.- ¿Y quién es el pastor que conduce el rebaño de sus huestes y ejerce el dominio sobre ellas?

CORIFE0.- No se hacen llamar esclavos ni súbditos de ningún mortal.

REINA.- Entonces, ¿cómo podrían hacer frente a enemigos invasores?

CORIFE0.- Fueron capaces de dar al traste con el soberbio y numeroso ejército de Darío.

REINA.- Dices algo terrible, que va a causar pesar en los padres de quienes se fueron a la guerra.

CORIFE.- Pues me parece que pronto vas a tener noticias bien ciertas; la carrera de ese hombre da a entender que se trata de un persa y que buenas o malas nos trae una clara noticia.

MENSAJERO.- ¡Oh ciudadanos de toda la tierra de Asia! ¡Oh tierra persa, y puerto plagado de riquezas! ¡Cómo de un solo golpe se ha visto arrumbada tu excepcional prosperidad. La flor de los Persas ha caído y ya no existe! ¡Ay de mí, mi primera desgracia consiste en anunciar estas desgracias! Pero no tengo más remedio, Persas, que daros cuenta de semejante desastre; el ejército entero de los bárbaros ha perecido.

CORO

Desgracia dolorosa, repentina y cruel./ ¡Ay, ay, llorad persas, al escuchar tal desastre!

MENSAJERO.- De verdad que todo el ejército aquel se ha ido a paseo. y yo mismo, contra toda esperanza, estoy viendo la luz del regreso.

CORO

¿Para qué tendremos esta vida tan larga?/ ¡Haber tenido tiempo a nuestros años para escuchar este dolor inesperado!

MENSAJERO.- Como estuve presente y no lo escuché de boca de otros, podría explicaros, Persas, qué cúmulo de desgracias aconteció.

CORO

¡Otototoi! ¡Tantas flechas compactas se fueron hasta Grecia para nada! / ¡Ay! ¡Hasta Grecia, tierra enemiga!

MENSAJERO.- Las costas de Salamina y parajes aledaños están plagados de cadáveres que perecieron, fruto de un destino adverso.

CORO

¡Otototoi! Me das a entender/ que los cuerpos de mis amigos / después de morir ahogados en el mar/ son arrastrados en las crestas errantes de las olas.

MENSAJERO.- De verdad que de nada servían los arcos; el ejército todo sucumbió domeñado por las embestidas de las naves.

CORO

Lanza un grito de dolor por los pobres desdichados,/ un grito de pena/ pues todo nos lo han puesto en contra los dioses./ ¡Ay, ay, ay! ¡mi ejército hecho trizas!

MENSAJERO.- ¡Oh nombre de Salamina, el más odioso que pueda oírse! ¡ay, cómo suspiro al acordarme de Atenas!

CORO

Detestable es Atenas para nosotros sus enemigos,/ pues al caso viene el recordarlo;/ que ha dejado a muchas mujeres de Persia/ sin marido y sin hijos, para nada.

REINA.- Hace rato que guardo silencio, desdichada de mí, impresionada ante estos infortunios, pues esta desgracia es de tal envergadura que ni deja hablar ni tan siquiera preguntar por su intensidad. Y pese a todo es forzoso que los mortales pechen con los sufrimientos que le den los dioses. Expón todo el infortunio, y serénate, por más que te lamentos ante semejantes desgracias, ¿quién no ha muerto? ¿A qué caudillo tendremos que llorar, que, elegido para empuñar el bastón de mando tras morir dejó a su tropa y desvalida?

MENSAJERO.- Jerjes sí que vive y ve la luz.

REINA.- Acabas de anunciarme una gran luz para mi palacio y un día claro tras una negra noche.

MENSAJERO.- Artembares, jefe de diez mil jinetes resulta golpeado junto a las costas escarpadas de Silenias. Y Dadaces que iba al frente de mil hombres, fruto de una lanzada, saltó de la nave en salto liviano de muerte. Tenagón el más sobresaliente de los Bactrios se estrelló contra la isla de Ayante batida por el mar, Lileo, Arsames y Argestes el tercero, a una y otra costa de la isla criadora de palomas, derrotados se estrellaron contra la dura tierra. Igual suerte corrieron los vecinos de las corrientes del egipcio Nilo, Farnuco, junto a Arteo, Adeves y un tercero, Freseves, que cayeron de una sola nave. El Crisio Máatalo, jefe de diez mil hombres sucumbió tiñendo al morir su barba espesa y luenga con un baño púrpura. Arabo el mago y Artabes de Bactria son inquilinos de la dura tierra en la que perecieron Amístris y Amfistreo, dueños de la lanza de muchos dolores y el esforzado Ariomardo, causa de sufrimientos para Sardes, y Sísamis de Misia; y Taribis de Lirna, almirante de quinientas cincuenta naves, varón de noble planta yace muerto sin suerte favorable, Siensis, el más valiente, jefe de los cilicios, un hombre que dio él sólo muchísimo trabajo a los enemigos, ha perecido con honra. De tales hombres he hecho memoria ahora y eso que no estoy relatando sino unas pocas de las muchas desgracias que sucedieron.

REINA.- Ay, ay, estoy escuchando el colmo de las desgracias, oprobio para los Persas y lamentos muy agudos. Pero, volviendo al punto en el que lo dejaste, dime: ¿Cuál era el contingente de naves griegas capaz de medirse en combate contra la flota persa y aguantar sus embestidas?

MENSAJERO.- Ten por seguro que en lo tocante al número, el bárbaro habría vencido con sus naves. Los griegos tenían en total diez escuadras de treinta naves a las que se añadía una decena especial; por el contrario, Jerjes –lo sé muy bien– tenía bajo su mando mil naves además de doscientas siete embarcaciones ligeras; esa es la cuenta. ¿Te parece que en este aspecto estábamos en condiciones de inferioridad? Pero aún así una divinidad ha aniquilado nuestro ejército, desnivelando la balanza con desigual fortuna; los dioses protegen a la ciudad de la diosa Palas.

REINA.- ¿Pero es que aún está sin saquear la ciudad de Atenas?

MENSAJERO.- Efectivamente, pues mientras haya hombres hay un baluarte inexpugnable.

REINA.- El comienzo de la batalla, ¿cómo fue? Explícamelo. ¿Quiénes abrieron las hostilidades, acaso los griegos, o mi hijo, alardeando de su ingente número de naves?

MENSAJERO.- Un genio vengador o una divinidad nefasta venida de no sé dónde dio comienzo, señora, a aquel desastre total. Pues vino un hombre griego del ejército de los Atenenses y le dijo a tu hijo Jerjes lo siguiente: que llegadas las sombras de la negra noche no se quedarían en sus puestos, sino que abalanzándose sobre los barcos de remeros de las naves, procurarían ponerse a salvo cada uno con un rumbo diferente en oculta carrera. Él, nada más oírle, sin percatarse de la trampa que le tendía aquel griego, ni de la envidia de los dioses, va y comunica a todos los almirantes la siguiente orden: que una vez que el sol haya dejado de caldear la tierra con sus rayos y las tinieblas se adueñan del espacio sagrado del éter, formen en tres líneas el contingente básico de la flota y las restantes en círculo en derredor de la isla de Ayante, con el fin de vigilar los estrechos batidos por las olas y evitar las eventuales salidas; así, caso que los griegos lograran burlar un funesto destino hallando escapatoria en sus naves a escondidas, firmarían su propia sentencia de muerte. De esta envergadura son las instrucciones que dio Jerjes, llevado de un exceso de confianza, pues desconocía lo que iba a venir de parte de los dioses. Ellos, entonces, no de un modo desordenado, sino con espíritu de disciplina, iban preparando la cena al tiempo que cada marinero iba atando el remo al escálammo. Pero una vez que se apagó el resplandor del sol y se echaba encima la noche, iban embarcando tanto el marino que era dueño de un remo como el que tenía armas a su cargo. Los barcos de remeros en cada nave larga se iban animando unos a otros; navegan todos siguiendo la táctica acordada. Así a lo largo de la noche los almirantes conseguían que la flota entera navegara. Pero la noche avanzaba y la flota de los griegos no realizaba un despliegue furtivo por ningún sitio. Sin embargo, en cuanto el día radiante tomó posesión con sus blancos potros de la tierra entera, lo primero que se dejó oír fue un clamor a modo de himno de victoria procedente del bando griego al que contestó el eco penetrante de la roca isleña. El miedo iba haciendo presa en todos los bárbaros, confundidos en sus previsiones, pues no cantaban entonces los griegos un pean como quien se dispone a huir, sino más bien como quienes se disponen a trabar combate con ánimo valeroso. La trompeta con su sonido añadía encima más ardor a todo aquello. Acto seguido con golpes compactos resonante remo al compás del sonido de mando batieron las aguas profundas del mar y muy pronto estaban todos ya bien visibles a nuestros ojos. Abría la marcha el ala derecha que venía en cabeza en perfecta formación. Seguía detrás la flota entera, al tiempo que se dejaba oír un enorme clamor: ¡hijos de los griegos! ¡adelante! ¡Libertad a la patria, libertad a vuestros hijos, vuestras mujeres, los templos de las divinidades ancestrales y las tumbas de vuestros antepasados! ¡Por todo eso vamos a luchar ahora! Y de nuestra parte se replicaba con un griterío en lengua persa; no era momento de dilaciones. Inmediatamente una nave hirió a otra con su espolón de bronce; una nave griega empezó la acometida y destrozó el mascarón de popa de una nave fenicia; cada cual dirigía su madero contra otros. Al principio resistió el torrente del ejército Persa. Pero como en un enclave estrecho se aglomeró una gran cantidad de naves, ya no les era posible ayudarse unos a otros, sino que, al revés, ellos mismos se golpeaban entre sí con sus espolones de proa repujados con bronce al tiempo que destrozaban todo el aparejo de remos. A su vez las naves griegas no con impericia, colocadas en círculo las zaherían. Cascos de barcos se iban volcando y el mar ya no podía verse, repleto de restos de naufragios y de hombres muertos; riberas y escollos se iban llenando de cadáveres. Y las naves de la escuadra bárbara que lograban salvarse remaban en busca de la huida en pleno desconcierto. Por su parte los griegos, como a los atunes o cualquier otro banco de peces, con trozos de remos, con fragmentos de tablas de los naufragios, los golpeaban, los machacaban: un lamento entremezclado de gemidos se extendía por alta mar hasta que se lo llevó el ojo de la negra noche. Aunque estuviera haciendo un relato pormenorizado a lo largo de diez días no podría contarte el enorme cúmulo de desgracias, pues, entérate bien, jamás murió en un solo día un contingente de hombres tan numeroso.

REINA.- Un inmenso mar de infortunios se ha abatido sobre los Persas y sobre la estirpe de los bárbaros.

MENSAJERO.- Pues ahora, ten por seguro lo siguiente: que eso no constituye ni la mitad del infortunio, pues se les abatió una desgracia tal, que iguala dos veces a las anteriores con su peso.

REINA.- ¿Qué desgracia podría haber más hostil aún que la presente? Dime a ver qué desastre es ése que se ha abatido sobre el ejército y que desequilibra con su peso la balanza de las desgracias.

MENSAJERO.- Hay una isla ante las costas de Salamina, que no ofrece fondeaderos para anclar las naves, que Pan, amigo de las danzas, protege a la orilla del mar. Allí los envié [Jerjes] con la intención de que, cuando, aniquilados, los enemigos saltaran de las naves e intentaran ponerse a salvo en la isla, dieran muerte al ejército griego, presa fácil, al tiempo que salvaran a los ojos de los estrechos marinos; qué mal conocía el futuro. Pues cuando una divinidad dio a los griegos la gloria del triunfo en la batalla nava, ese mismo día, protegidos sus cuerpos con armas de bronce, iban saltando desde las naves. A continuación iban rodeando toda la isla, de manera que los persas no sabían a dónde ponerse. Eran golpeados con lluvias de piedras lanzadas por manos de griegos, al tiempo que perecían por flechas propulsadas por la cuerda del arco. Por último abalanzándose con compacto griterío van y les golpean y destrozán a golpes los miembros de los desgraciados hasta que acabaron por completo con las vidas de todos. Al cielo lanzó un gemido Jerjes consciente del abismo de su desastre, pues tenía un sitio perfecto para divisar el ejército todo; un alto cerro a la vera del profundo mar. Tras rasgar su vestimenta y lanzar un agudo gemido, dando al punto instrucciones a sus tropas, se dio a la fuga sin orden ni concierto. He aquí la desgracia que puedes lamentar, que corre pareja con la anterior.

REINA.- ¡Ay destino despreciable! ¡Cómo has engañado las intenciones de los Persas! Bien amarga venganza encontró mi hijo la de la ilustre Atenas, pues no fueron suficientes, al parecer, los bárbaros que años antes vio perecer Maratón. ¡Y mi hijo fiado en que podría vengarlos, ha echado sobre sus hombros tal cúmulo de sufrimientos! Pero dime, las naves que esquivaron el destino, ¿dónde estaban cuando las dejaste? ¿Me lo puedes indicar con exactitud?

MENSAJERO.- Los almirantes de las naves supervivientes emprenden la fuga sin orden ni concierto con viento favorable. El resto del ejército iba siendo paulatinamente aniquilado en Beocia; unos sufriendo sed a un lado y otro del

tentador caño de una fuente; otros, exhaustos íbamos campo a través hasta territorio de la Fócide y la tierra de la Dóride y el golfo Mélico, cuya llanura riega el Esperqueo con su próspero caudal. Desde allí nos recibieron la llanura de Acaya y las ciudades de los Tesalios cuando ya estábamos carentes de víveres. Allí murieron la mayoría de sed y de hambre, que de las dos cosas había. A tierra de Magnesia y al país de los Macedonios llegamos por fin, a la cuenca del Axio, al cañaveral de la laguna Bolba y al monte Pangeo, territorio de los Edones. Esa misma noche una divinidad suscitó un frío invernal inesperado; va y se hieló el cauce entero del sagrado Estrimón. Todo el que antaño no tenía fe en los dioses, se deshacía entonces en oraciones adorando a la tierra y al cielo. Bueno, pues una vez que el ejército invocó a los dioses con innúmeras plegarias intenta cruzar el cauce helado. Y sólo logró salvarse aquel de los nuestros que acertó a ponerse en marcha antes de que el dios esparciera sus rayos. Pues el brillante disco del sol de ardientes resplandores perforó el lecho del río, calentándolo con sus llamas. Se iban hundiendo unos sobre otros. Sin duda tuvo suerte el que más pronto quebró el aliento vital. Pues los supervivientes luego de cruzar Tracia a duras penas, con un esfuerzo ímprobable, tras lograr escapar han llegado –no muchos por cierto– a su tierra hogareña. De manera que la ciudad de los Persas debe lamentarse añorando a la muy querida juventud del país. Esta es la verdad, y en mi relato paso por alto muchas desgracias que una divinidad lanzó de golpe contra los persas.

CORIFEEO.- ¡Ay destino que depara dolorosos dolores! ¡Cómo te has abatido con el peso abrumador de tus pies sobre la estirpe toda de los persas!

REINA.- Ay desdichada de mí por el ejército liquidado. ¡Clara visión de mis sueños nocturnos! De qué forma tan elocuente me mostraste mis desgracias. Pero vosotros los interpretasteis con frivolidad desmedida. Pese a todo ya que ese fue vuestro consejo quiero antes que nada, suplicar a los dioses. A continuación volveré trayendo de mi mansión como ofrendas para la tierra y para los muertos la torta sagrada. Soy consciente de que es ofrenda baladí, pero la haremos por si el futuro nos depara algo mejor. A la vista de lo sucedido es de todo punto necesario que sigáis dando consejos leales a quienes os han dado muestra de su lealtad. Y a mi hijo, caso que llegue aquí antes que yo, consoladle y acompañadle hasta palacio, no vaya a añadir una nueva desgracia a estas desgracias. *(Sale la Reina con aire compungido)*

CORO

¡Oh Zeus soberano!// Luego de aniquilar el ejército persa / altanero y nutrido de un fuerte contingente/ has sepultado en sombrío luto/las ciudades de Susa y Ecbatana./ Muchas muchachas con manso delicadas/ rasgando sus velos/ empapan su seno/ en torrente de llanto, partícipes del duelo./ Y las Persas de tiernos gemidos/ anhelando ver el yugo del reciente matrimonio/diciendo adiós a los ropajes delicados de sus lechos nupciales,/ deleite de su florida juventud/sollozan con sollozos insaciables./ Y también yo voy a exaltar/ la muerte de los que partieron/llena de constatados sufrimientos.

Estrofa 1ª

Porque ahora sin duda suspira/ toda la tierra de Asia/ que ha quedado desierta./ Que fue Jerjes, popoi, quien los llevó;/ que fue Jerjes, totoi, quien los aniquiló./ Jerjes que organizó todo de forma insensata/ con sus barcos marinos./ ¿Por qué Darío, el amado caudillo de Susa / que al mando de arqueros jamás hizo daño/ no estuvo entonces al frente de los ciudadanos?

Antistrofa 1ª

Porque a los infantes y a los marineros/los barcos con alas homogéneas y proas azuladas /los barcos, popoi, se los llevaron,/los barcos, totoi, los destrozaron:/ los barcos, con embestidas destructoras/ pilotadas por manos de jonios./ Y oímos que el soberano mismo/pudo escapar a duras penas/ por los caminos dilatados del crudo frío de Tracia.

Estrofa 2ª

Y los primeros que fueron presa de muerte irremediable, ¡ay, ay!// Se han visto arrastrados a ambos lados de los acantilados de Salamina./ Suspira y rechina los dientes/ y eleva hasta el cielo lamentos ahogados de dolo, ¡oa, oa!// Deja oír sin embargo con fuerza/ un grito desgarrado,/un desdichado lamento de dolor.

Antistrofa 2ª

Domeñados por una mar terrible, ay,/ van siendo desgarrados, ¡ay, ay!// Por los hijos sin voz de la mar impoluta, ¡oa, oa!// Al hombre llora cada casa que sin él se queda/ y los padres sin hijos ya, ay, ay,/ lloran dolores del destino/ al tiempo que ya ancianos escuchan el desastre completo.

Estrofa 3ª

Ya lo largo y ancho de la tierra de Asia/ ya no se rigen por leyes persas;/ya no pagan tributos a requerimiento de sus amos/ ni les veneran postrándose en tierra/pues la fuerte autoridad del rey ha perecido.

Antistrofa 3ª

Ya no está la lengua de los hombres sujeta a vigilancia;/el pueblo se ha soltado/para poder hablar con libertad./ El yugo de opresión se ha desatado,/ y la isla de Ayante, bañada por las olas/ tiene encerrado en sus campos teñidos de sangre el poderío de los Persas.

REINA.- Amigos, quienquiera que resulta ser experto en desgracias sabe que cuando a los mortales se les viene encima una oleada de males el miedo a todo es su amigo. Pero cuando el destino fluye a favor de la corriente confían en que siempre soplará el mismo viento de prosperidad. Igual me sucede a mí, que estoy muerta de miedo; ante mis ojos aparece la enemistad de los dioses y grita en mis oídos un clamor que no es precisamente relajante. Tal temor, fruto de estas desgracias conmociona mi alma. Por ello, saliendo de palacio, emprendí nuevamente este camino sin carro, sin el lujo de antes, portadora de libaciones propiciatorias para el padre de mi hijo, el tipo de ofrendas que aplacan a los muertos; blanca y dulce leche de vaca que no ha conocido el yugo; el licor de la obrera que trabaja en las flores; miel brillante salpicada de gotas de agua de fuente virgen; y la bebida sin mezcla, nacida de agreste madre; este deleite de

una vid añosa. Además el fruto fragante de verde tupido olivo, siempre lozano, y guirnaldas de flores nacidas de la tierra que produce todos los frutos. Vamos, amigos míos, sobre estas libaciones que vierto en honor de los muertos entonad himnos, y llamad para que suba aquí el divino Darío, que yo voy a enviar estas ofrendas que bebe la tierra en honor de las divinidades subterráneas.

CORO.- *Mujer, tú que eres Reina, objeto de veneración para los Persas, envía tú personalmente libaciones a las mansiones subterráneas, que nosotros vamos a pedir con himnos que nos sean propicios los guías subterráneos que tienen los muertos. Vamos, divinidades puras del suelo; Tierra, Hermes y tú rey de los muertos, enviad desde abajo su alma a la luz, pues si él sabe algún remedio de nuestras desgracias es el único que podría decirnos cuándo acabarán.*

Estrofa 1ª

¿Me estará escuchando el bienaventurado/ el rey, igual a un dios,/ cuando grito palabras claras aunque bárbaras/ con múltiples matices dolorosos de tristes sonidos?/¿Me estará escuchando desde abajo?

Antistrofa 1ª

Vamos, tú Tierra y vosotros/ soberanos de dioses subterráneos/ consentid que abandone sus moradas/ el genio excelso/ el dios de los Persas que en Susa nació./ Enviad aquí arriba a un hombre/ como no albergó en su seno jamás uno igual la tierra de Persia.

Estrofa 2ª

Querido es el hombre, querida su tumba/ que ha albergado un carácter querido/ ¡Hades soberano! Tú que envías las almas arriba/ ¡Hades soberano! Deja subir la del divino soberano Darío.

Antistrofa 2ª

Pues jamás aniquiló a los hombres / con locuras en guerras asesinas./Inspirado de un dios ciertamente lo era/ pues gobernaba el ejército con pulso firme. ¡Ay, ay!

Estrofa 3ª

Señor; señor de antaño, ven, ven/ llega hasta la cima de tu tumba/ alzando la sandalia azafranada de tu pie/ y dando a ver el brillo de la tiara real./Ven, avanza, padre Darío, que nunca hiciste daño.

Antistrofa 3ª

Para escuchar infaustas y nuevas desgracias/aparece, aparece, Señor de los Señores./Pues una niebla del mundo subterráneo ha sobrevolado nuestras cabezas/ y la juventud entera de nuestra tierra ha perecido./ ¡Ven padre Darío que nunca me hiciste daño!

Epodo

Ay, ay./ Oh tú, objeto al morir de infinitos lamentos de tus amigos/ ¿A cuento de qué, señor, señor este segundo error/ un doble error digno de doble llanto para tu tierra?/A paseo se han ido las naves de tres barcos de remeros,/ unas naves que ya no son naves/ que ya no son naves/que ya no son naves.

ESPECTRO DE DARÍO.- Oh fieles entre fieles, mis compañeros de juventud, ancianos de Persia. ¿Qué sufrimientos sufre la ciudad? Gime, se golpea el pecho y el suelo se abre. Al ver a mi esposa cerca de mi tumba siento un miedo inmenso, aunque recibí propicio sus libaciones. Y vosotros plantados cerca de la tumba entonáis trenos al tiempo que me llamáis con voz quejumbrosa entre lamentos que evocan a las almas. Y sin embargo no es fácil salir, dado que las divinidades subterráneas son más dadas a capturar que a soltar. Pese a todo como dueño y señor que fui de aquellos en su día, he venido aquí. Deprisa, que no se me pueda echar en cara el tiempo. ¿Qué desgracia reciente y dolorosa han sufrido los Persas?

CORO

Vergüenza me da mirarte a la cara/ vergüenza me da hablar ante ti/ por el respeto que te tenía.

ESPECTRO DE DARÍO.- Pero ya que he venido desde abajo obedeciendo a tus lamentos, habla sin extenderte, con brevedad y acaba de explicarlo todo dejando a un lado el respeto hacia mi persona.

CORO

Me da miedo complacerte/me da miedo hablar ante ti/contando cosas duras de contar a los amigos.

ESPECTRO DE DARÍO.- Bien; ya que tu miedo de antaño es un obstáculo afincado en tu corazón... (A la reina) Tú, anciana compañera de mi lecho, mi noble esposa, deja de llorar y de quejarte y háblame con claridad. Humanos sufrimientos pueden ocurrirles a los humanos; muchas desgracias les vienen del mar y otras de tierra firme a los mortales si una vida dilatada se prolonga demasiado.

REINA.- ¡Oh tú que con tu próspero destino superabas en felicidad a todos los mortales! Pues mientras contemplabas los rayos del sol vivías, una vida feliz, envidiado, igual que un dios por los persas; ahora sin embargo te envidio porque has muerto antes de ver este abismo de desgracias. Escucha, Darío, el relato de todo lo sucedido. Por decirlo en dos palabras; ha sido aniquilado el poderío de los Persas.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿De qué modo? ¿Llegó el rayo de una peste o se produjo un levantamiento de la población?

REINA.- Nada de eso; es que en los alrededores de Atenas ha sido destruido todo el ejército.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Y cuál de mis hijos condujo las tropas hasta allí? Explícamelo.

REINA.- El aguerrido Jerjes tras dejar desierta la llanura toda del continente.

ESPECTRO DE DARÍO.- Y el desdichado, ¿abordó empresa tan descabellada por tierra o por mar?

REINA.- Por ambos medios; doble frente tenía su doble ejército.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Pero cómo un ejército de tal envergadura logró cruzar al otro lado?

REINA.- Con sofisticados artefactos unió el estrecho de Hele de modo que se pudiera atravesar.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Y lo consiguió hasta el extremo de cerrar el enorme Bósforo?

REINA.- Así es; sin duda contó con la ayuda de alguna divinidad.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¡Muy importante debía ser la divinidad que le hizo no estar en sus cabales!

REINA.- A la vista está el terrible desastre que ha consumado.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Y por qué pues estáis gimiendo por los mismos que lo consumaron?

REINA.- Una vez que la escuadra se vino abajo acarrió el desastre del ejército de infantería.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Entonces, de verdad, el pueblo todo ha sido aniquilado por la lanza?

REINA.- Hasta tal punto que la ciudad de Susa entera gime por haberse quedado sin varones.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¡Ay, ay, ay! ¡Nuestro ejército, nuestro sostén, nuestro baluarte!

REINA.- Se ha perdido por completo el pueblo de los Bactrios y no queda ni un anciano.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¡Qué lástima! ¡Qué juventud tan selecta ha aniquilado!

REINA.- Dicen que Jerjes solo y abandonado con unos pocos...

ESPECTRO DE DARÍO.- ¿Cómo y a dónde ha ido a parar? ¿Hay algún atisbo de salvación?

REINA.- ...Sano y salvo ha llegado hasta el puente que une dos continentes.

ESPECTRO DE DARÍO.- Y está ya a salvo en nuestra tierra, ¿es cierto eso?

REINA.- Sí. Hay una voz unánime que lo confirma; no hay discrepancias.

ESPECTRO DE DARÍO.- ¡Ay! Rápido vino el cumplimiento de los oráculos, y sobre mi hijo ha abatido Zeus el cabal cumplimiento de los vaticinios. Yo confiaba que los dioses lo llevarían a término al cabo de largo tiempo. Pero es que cuando es uno mismo el que anda con prisas encima se cuenta con la colaboración de un dios. Una fuente de desgracias parece haberse revelado para todos mis seres queridos. Y mi hijo, inconsciente, ha llevado esto hasta el final con imprudencia propia de un joven; él, que albergó la esperanza de amarrar con cadenas, cual si de un esclavo se tratara, las aguas fluidas del Helesponto, del Bósforo, corriente divina. Poco a poco lo fue alterando y tras trabarlo a golpe de martillo logró abrir un amplio camino para un enorme ejército. Mortal como es, pensaba no con buen criterio que sería dueño y señor de todos los dioses, e incluso de Poseidón. ¿Cómo no iba a haber hecho presa en mi hijo alguna enfermedad de la mente? Temo que tantas fatigas para lograr riquezas sean presa del primero que llegue.

REINA.- Esto es lo que ha aprendido el valeroso Jerjes de su trato con hombres perversos. Le decían que tú, merced a tu lanza lograste gran fortuna para tus hijos, y que él en cambio sólo se ejercitaba con la jabalina en palacio, por cobardía sin acrecentar la fortuna de su padre. Como oía tantos reproches de boca de hombres perversos planeó esta marcha y esta expedición militar contra Grecia.

ESPECTRO DE DARÍO.- Sin lugar a dudas han consumado un desastre de enorme envergadura de imborrable recuerdo. Ningún otro como este logró vaciar la ciudad y los campos de Susa, desde el momento en que Zeus le concedió el siguiente honor; que un hombre solo fuera el jefe supremo de toda Asia, criadora de ovejas. Sí, fue Medo el primer caudillo del ejército; a continuación desempeñó ese cargo un hijo suyo. En tercer lugar, Ciro, un hombre de suerte, nada más comenzar su mandato estableció la paz ante todos los pueblos amigos. Conquistó el pueblo de los lidios y el de los Frigios y sometió por la fuerza a toda Jonia. Ninguna divinidad le fue hostil, pues por su propio carácter era un hombre sensato. En cuarto lugar estuvo al frente del ejército el hijo de Ciro. En quinto lugar desempeñó el gobierno Mardo, todo un baldón para la patria y para los reyes de antaño. Engañándole le dio muerte al ilustre Artafrenes dentro de palacio en compañía de hombres amigos que así se lo habían propuesto. En sexto lugar gobernó Márafis; en séptimo Artafrenes. Y yo tuve la suerte que quería, llevé a cabo expediciones nutridas con un nutrido ejército. Pero nunca jamás hice caer sobre la ciudad de semejante envergadura. Pero mi hijo Jerjes, como es joven, piensa como un joven y no hace caso de mis recomendaciones. Bien claro sabéis vosotros, compañeros de mi misma edad, lo siguiente; que todos cuantos tuvimos el poder es evidente que nunca habríamos provocado un dolor semejante.

REINA.- ¿Y entonces, soberano Darío? ¿A dónde quieres ir a parar con tus palabras? A raíz de todo esto, ¿cómo podríamos conseguir un éxito importante nosotros, el pueblo de Persia?

ESPECTRO DE DARÍO.- No haciendo expediciones militares contra las tierras de Grecia, y ello aunque el ejército Medo fue todavía más numeroso, pues su propia tierra es su aliada.

CORIFEEO.- ¿Cómo has dicho? ¿De qué modo es su aliada?

ESPECTRO DE DARÍO.- Mata de hambre a los que constituyen un contingente excesivo.

CORIFEEO.- Enviaremos entonces tropas ligeras selectas.

ESPECTRO DE DARÍO.- De todos modos ni siquiera el ejército que ahora permanece en tierra griega va a lograr la salvación del retorno.

CORIFEEO.- ¿Cómo has dicho? ¿Es que no va a atravesar el Helesponto volviendo de Europa tras el ejército de los bárbaros?

ESPECTRO DE DARÍO.- Unos pocos, de los muchos que lo componen, si debe darse algún crédito a los vaticinios de los dioses, al menos si prestamos atención a lo que ha sucedido, pues no es que unos sí se cumplan y otros no. pues bien, pese a ser las cosas así, él [Jerjes] va y abandona un contingente selecto del ejército fiado en esperanzas vanas. Allí están donde el Asopo riega con su caudal la llanura, fertilizante amado de la tierra beocia. Allí les aguarda padecer las más agudas desgracias como castigo de su insolencia y su orgullo sacrílego. Pues al llegar a tierra griega no sintieron vergüenza de asolar las estatuas sagradas de los dioses ni al incendiar sus templos. Los altares ya no se pueden ver y las estatuas de las divinidades han sido arrancadas de raíz de sus basas en medio de una gran confusión. Y como obraron mal están sufriendo males no menores y otros que les van a suceder, porque aún no han tocado fondo sus desgracias. Así de grande será la ofrenda de sangre fruto de la matanza en tierras de Platea por obra de la lanza doria. Montones de cadáveres, de hasta la tercera generación, darán a entender sin palabras a los ojos de los mortales que cuando uno es un

simple mortal no debe ser en exceso; engréido. Pues cuando la soberbia florece da como fruto el racimo de la maldición de la que se deriva una cosecha de lágrimas. A la vista del castigo de estos hechos, acordaos de Atenas y de Grecia. Y que nadie despreciando el destino que la suerte le tiene deparado, llevado por el deseo ardiente de otros bienes vaya a dar al traste con una gran prosperidad. Pues Zeus, juez severo, está arriba y castiga a los que tienen una soberbia excesiva. A la vista de ellos, empleando la prudencia procurad que entre en razón con sensatos argumentos a ver si deja de zaherir a los dioses con su audacia arrogante. Y tú, anciana querida, madre de Jerjes, vuelve a palacio y tras ponerte unas vestimentas apropiadas sal al encuentro de tu hijo. En torno a su cuerpo y fruto de las desgracias que sufre se van cayendo a jirones sus ricas vestiduras. Así que aplácale de forma serena con tus palabras, pues –estoy seguro– tú eres la única a la que soportará escuchar. Yo me voy bajo tierra, a las tinieblas. Y vosotros, ancianos, animaos, dando placer a vuestra alma cada día a pesar de las desgracias, pues no aprovecha la riqueza a los que han muerto.

CORIFE0.- ¡Qué gran dolor he sentido al oír el cúmulo de desgracias actuales y futuras para los bárbaros!

REINA.- ¡Destino mío! ¡Qué dentro me llega el dolor fruto de tantas desgracias! Pero hay una que me punza especialmente; el tener que escuchar el oprobio que sufre mi hijo por causa de los vestidos que cubren su cuerpo. Así que me voy y tras tomar vestimenta decorosa de los aposentos de palacio intentaré salir a su encuentro, pues no estoy dispuesta a traicionar en medio de las desgracias a lo que más quiero.

CORO Estrofa 1ª

¡Ay, ay! De una vida feliz y dichosa disfrutamos/ en la ciudad regida por la ley/ cuando el anciano, benefactor en indomeñable, baluarte de todos/ Darío, igual a un dios, tenía el gobierno de esta tierra.

Antistrofa 1ª

Lo primero, mostrábamos a todos ejércitos ilustres/ que siempre resultaban victoriosos/ incluso al asaltar ciudades con torres pertrechadas./ Y al volver traía del campo de batalla hasta sus prósperos hogares/ hombres, incólumes, indemnes.

Estrofa 2ª

¡Cuántas ciudades conquistó/ sin tener que atravesar el Halis, sin apartarse de su casa/por ejemplo los aledaños del río Aqueloo/ a la ribera del mar Estrimonio,vecinos de los Tracios!

Antistrofa 2ª

Y las que se extienden tierra adentro/alejadas del lago, ceñidas de murallas/a este soberano obedecían/ y prósperas ciudades a ambas orillas del estrecho de Hele /y la honda Propóntide y la embocadura del ponto.

Estrofa 3ª

Y las islas bañadas por las olas/ frente a un acantilado, aledañas a esta tierra,/ así, Lesbos y Samos, cuajada de olivares/ Quíos y Paros, Naxos, Miconos y la aledaña Tenos y la vecina Andros.

Antistrofa 3ª

También se apoderó de las islas bañadas por el mar entre ambas costas,/ Lemnos, y la sede de Ícaro y Rodas y Cnido/ y las ciudades de Chipre –Pafos Salunte y Salamina,/cuya metrópolis es ahora causa de nuestros gemidos.

Epodo

Y con su pensamiento se imponía/ a las ciudades populosas y prósperas en tierras de Jonia,/pues se apoyaba en la fuerza incansable de su tropa/ y en aliados mezclados de todos los pueblos./En cambio ahora nos vemos abocados a estos sufrimientos/ que sin lugar a duda han traído los dioses,/ concediendo ventaja a nuestros enemigos,/ pues en combate naval hemos sido doblegados.

JERJES.- Ay, ay. ¡desdichado de mí que he ido a dar un destino aciago totalmente imprevisible! De qué modo tan cruel se ha abatido una divinidad sobre la estirpe de los Persas. ¿Qué sufrimientos tendré que aguantar? Me flaquean las piernas al fijarme en la avanzada edad de estos ciudadanos. Ojalá, Zeus, que un destino de muerte me hubiera cubierto junto con los soldados que se fueron para siempre.

CORO

¡Ototoi, rey!/ ¡Ay de nuestro formidable ejército y del inmenso orgullo del poderío persa!/ ¡Ay de la flor de hombres valerosos/segada ahora por una divinidad!/La tierra llora a una juventud nacida de la tierra/ truncada por Jerjes, sumministrador de Persas para Hades./Muchos hombres, la flor de esta tierra,/ victoriosos con el arco,/un contingente inmenso de esforzados varones/ ha perecido./ ¡Ay, ay de nuestro baluarte!/ La tierra de Asia, rey de este país,/ha doblado la rodilla de un modo lamentable, lamentable.

JERJES.- Este soy yo, un miserable, una pena para mi estirpe, para mi patria; he sido para ellos un desastre.

CORO

De tu regreso como saludo/ te mando una voz de mal agüero,/ un grito lastimero/ propio del mirandino plañidero,/ te mando un quejido empapado en lágrimas.

JERJES.- ¡Sí! Lanzad un grito lastimero de acentos doloridos, pues una divinidad se ha vuelto contra mí.

CORO

¡Sí! Te lanzaré un grito impregnado de lamentos/ como muestra de homenaje a nuestros males/fruto de embestidas de la mar,/ que abruman a nuestra estirpe bañada en llantos./Voy a entonar un gemido acompañado de lágrimas.

JERJES

De los Jonios; el Ares de los Jonios se los llevó/ De los Jonios, el Ares de los Jonios protegido en las naves/ desequilibrando la balanza/ segó la sombría llanura y el litoral funesto.

CORO

¡Oy, oy, oy! ¡Grita y entérate de todo!/¿Dónde está la restante multitud de tus amigos? ¡Dónde están tus escuderos?,

como Farandaces,/ Susa, Pelagonte, Dotamas, Psamis y Susícanes/ y Agabates, que dejó Ecbatana?

JERJES

Muertos los dejé; cayeron de una nave de Tiro/ contra las costas de Salamina/ y se estrellaron contra los duros escollos.

CORO

Ay, ay. ¿Dónde ha ido a parar tu querido Farnuco?/¿y el esforzado Ariomardo? ¿Dónde ha ido a parar Sevalces/ o Lileo, de noble linaje? ¿Y Menfis y Torubis y/ Masistras y Artembares e Histecmas?/ Esta es ahora mi pregunta.

JERJES

¡Ay de mí!/ Luego de contemplar la odiosa Atenas,/ fruto de un sólo envite –ay, ay–/agonizan en tierra firme.

CORO

¿Y a aquel de los Persas que era tu ojo fiel en todo momento,/ que numeraba a la tropa por millares, al hijo/ de Batanuco, a Alpristo...?/ y al hijo de Megabates, y a Parto, y al esforzado Ebares,/¿los dejaste, los dejaste? ¡Ay, ay!/ Me estás contando desmedidas desgracias para losnobles de Persia.

JERJES

Con tu canto me recuerdas a camaradas excelentes,/ al mencionar un cúmulo de terribles, funestas, funestas desgracias./ ¡Me grita, me grita el corazón dentro del pecho!

CORO

También a otros los estamos echando de menos,/ al caudillo de mil soldados mardos,/ a Jantes y a Ancares y a Diexis y a Arsaces,/ jefes de escuadrones de caballería arios/ y a Agrabates y a Litimnas y a Tolmo, insaciable en la lucha./ Perplejo, perplejo me quedo de que ya no te sigan/rodeando tus tiendas de ruedas.

JERJES

Para siempre se han ido los jefes del ejército.

CORO

Para siempre se han ido sin gloria.

JERJES

¡Je, je, io, io!

CORO

Los dioses han causado una desgracia inesperada, manifiesta./¡Ate te ha fulminado con su mirada!

JERJES

Nos ha golpeado un destino adverso que durará para siempre.

CORO

Nos ha golpeado, es bien evidente.

JERJES

Una circunstancia nueva, nueva, angustiada, angustiada.

CORO

Hemos tenido la mala suerte de tropezar con marinos de Jonia./Desdichada en la guerra la estirpe de los Persas.

JERJES

¿Y cómo no? Yo mismo, desgraciado, he resultado herido en un ejército numeroso.

CORO

¿Y qué es lo que no se ha ido a paseo? Enorme era el poderío de los Persas.

JERJES

¿Ves esto, lo que queda de mi túnica?

CORO

¡Lo veo, lo veo!

JERJES

Y este carcaj en que guardo las flechas...

CORO

¿Qué es lo que dices que se ha salvado?

JERJES

Un carcaj para mis flechas.

CORO

Un poco entre tanto como había.

JERJES

Nos hemos quedado sin defensores.

CORO

El pueblo de Jonia no huye de las flechas.

JERJES

Y además es enormemente aguerrido. He visto un sufrimiento inesperado.

CORO

¿Vas a hacer mención ahora del barullo de las naves de guerra que se dieron a la fuga?

JERJES

Ante la desgracia de semejante desastre rasgué mi vestido.

JERJES

¡Grita ahora como eco de mis gritos!

CORO

¡Ay, ay, ay, ay, ay!

JERJES

¡Regresa a palacio entre sollozos!

CORO

¡Ay tierra de Persia! ¡cómo te duelen nuestros pasos!

JERJES

¡Ay, ay! ¡nuestra ciudad!

CORO

¡Así es, ay, ay, ay, así es!

JERJES

¡Gemid mientras andáis pisando de puntillas!

CORO

¡Ay tierra de Persia! ¡cómo te duelen nuestros pasos!

JERJES

¡Ay, ay, ay! ¡Muertos para siempre sobre nuestras naves de tres escálamos!

CORO

¡Te voy a despedir con una comitiva de lúgubres lamentos!